

# Eli

*In memoriam*

Paulette Jonguitud



APRENDIMOS JUNTAS A SER MADRES. Eli. Rocío. Faviola. Ana. Ady. Paulette. Desde ese día que dejamos a nuestros hijos de un año, por primera vez, en esa escuela pequeñita, y lloramos por dentro como si sospecháramos, como si quisiéramos, que no pudieran existir sin nuestra compañía. Ahí, en esa banquetta en la esquina de Durango y Guadalajara, nos convertimos en un monstruo de seis cabezas que, como una tribu encapsulada, aprendió a tumbos a educar a media docena de chamacos; ese día eterno en que nuestros hijos comenzaron a existir lejos de sus madres. Y existieron. Y crecieron. Y aprendieron a pararse y a ensartar bolitas de madera en un estambre, a comer con tenedor y a arañarse las caritas, a morderse, a llamarse por su nombre: Amara. Lucía. Constanza. Emiliano. Mateo. María. Aprendimos a dejarlos y ellos a esperarnos a la hora de la salida cada tarde.

Hasta que esa tarde del 19, Eli, no llegaste.

¿Dónde está Eli? ¿Alguien ha hablado con Eli? Su hija bien. Su esposo en el hospital. ¿Dónde está Eli? ¿Por qué no contesta Eli? Este fue el coro de nuestro terremoto ese martes 19 en que las noticias granizaban sobre una ciudad sin luz y sin sosiego y de ti nada sabíamos, ese fue el aullido de nuestra angustia y se extendió dos días que fueron casi veinte. Sabíamos que era polvo tu edificio, pero no queríamos creer que se nos hubiera amputado la parte de la vida en que tú estabas.

Seguimos sin saber adónde fuiste, pero te montamos una ofrenda en una caja, te pusimos flores en el camellón frente al hueco que dejó tu casa y ahuyentamos a los curiosos que buscaban tomarse fotos con los escombros. Te encendimos unas velas porque aprendimos juntas a ser madres y durante cinco años miramos muchas madrugadas los termómetros, metidos en las axilas de nuestros niños, subir hasta cuarenta, juntas doce manos metimos en baño de agua tibia los cuerpecitos ardientes y dijimos: temprá / motrín / ahora qué diablos le damos. Te lloramos en las calles en las que tantas veces te encontramos, esas calles que recorrías con tu hija, que es nuestra, en patín del diablo, con vestido de

ballet, con una bolsa de pan, y sonreímos al recordar que ibas siempre con el asiento de carro para niña en la espalda a todos lados, porque ni en un taxi ni en nosotras al volante te confiabas. Te abrazamos, Eli, y deshojando cempasúchil quisimos recordarte que tu hija es la de todas y es fuerte y linda y dura.

Queremos juntas recordarte y reírnos con tu risa y con tus ganas de café, compartimos tu casa que ya no está en ningún lado pero que Rocío atesora en el bolsillo, una casa donde siempre hay mezcal y vino, donde la sandía se come en un palito y donde Eli está, siempre, dando. Platicamos contigo quejándonos de los berrinches de nuestros hijos que se tiran al piso como en acto de desobediencia civil pacífica cuando una se atreve a decir que no hay helado; nos movemos por el barrio en el que nos hicimos madres y donde Ady se olvida de extrañarte y te encuentra aún en cada esquina. Jugamos en el parque donde dimos por sentado que siempre nos encontraríamos. Quizá ahí vamos a buscarte. Ana te huele en la cocina de esa casa que ya no está donde tú y tu nena preparaban camarones al mojo de ajo y donde guardabas, con tus cámaras, la ilusión de volver a hacer fotografías; donde le enseñaste a Faviola que los bebés no debían comer palomitas y que las uvas había que partirlas a lo largo. Yo no sé cómo voy a colgar una piñata más si no es contigo sujetándola. Eli. Rocío. Faviola. Ana. Ady. Paulette. Una hidra a la que hace un mes le falta una cabeza. Aprendimos juntas a ser madres y queremos pensar que ese martes 19 no tuviste miedo, pero no estamos muy seguras porque miedo es lo que tenías y muchas veces nos contaste que tu edificio y tú con él golpeaban contra el otro en los temblores. Hemos tratado de reconstruirte en ese momento, paradita en la azotea con el piso sacudiéndose como el mar, para que no te nos esfumes porque después de ese instante en que te nos sueltas de las manos no hemos podido encontrarte y preferimos pensarte tan alta y tan delgada, tan bonita, con tu hija, que es la nuestra, caminando. Todavía. Caminando. 